
Terminamos la Selección de fragmentos de *El hombre en busca de su humanidad* (1971) con unas páginas finales del capítulo XII, «Solidaridad sociológica y comunicación humana»; con otras páginas también finales del capítulo XIII, «Espera y búsqueda en la vida espiritual»; y, por último, con la «Nota final» de *Llegar a ser uno mismo* (1981) más tres párrafos complementarios, tomados del tomo II. La razón de añadir la Nota final de un libro diez años posterior más unos párrafos de *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo*, es que con ellos queda más clara la intención de Légaut al final del tomo I: abrir una puerta hacia el tema específico del tomo II: una intelección adulta de Jesús y de la tradición del cristianismo.

SOLIDARIDAD SOCIOLOGICA Y COMUNICACIÓN HUMANA

I. La solidaridad sociológica.- La comunicación humana.- Al comienzo, el *niño* vive en sí mismo, al margen de la sociedad.- Los *instintos* que individualizan al hombre le permiten zafarse por un tiempo de la esclavitud social.- La *adhesión ideológica* inicia una primera liberación del yugo social.- Las *reacciones* frente a lo que es una blasfemia contra la persona humana ayudan poderosamente al hombre a afirmar, si no a perfeccionar, su humanidad.- La comunicación humana utiliza, llegado el momento, todo lo que permite a los hombres *superar* el nivel de la solidaridad sociológica.

Como indican los títulos de estos epígrafes, Légaut comienza el capítulo XII estableciendo una nueva distinción que, como en otras ocasiones, le sirve no para separar dos elementos sino para abrir una senda entre ellos y describir unas etapas del camino que va de la «solidaridad sociológica» a la «comunicación humana», y de ahí, como veremos, a lo universal (el «todo» al que apuntaban las «dos opciones» o las dos vías de dar sentido a la propia vida, que vimos en el capítulo VI).

El lector que haya leído los resúmenes de los capítulos anteriores fácilmente adivinará el hilo de Légaut en este texto: la personaliza-

ción del ser humano, tras la individualización de los instintos, pasa por una etapa *ideológica* intermedia. Etapa beneficiosa por introducir en una segunda solidaridad sociológica; pero etapa que, si se erige en definitiva, limita al hombre, de suerte que sólo la reacción ante este límite, y ante la «blasfemia» contra lo humano que dicho límite comporta, abre a una verdadera comunicación.

Por eso la segunda sección del capítulo se centra en el compromiso ideológico excesivo, así como en el empobrecimiento humano y en la degeneración espiritual a los que suele llegar el «hombre de acción», absorto y cautivo en su activismo. Tal es el caso del líder ideológico o del hombre entregado a una ideología social o política, o explícitamente religiosa. Sólo el tiempo acaba juzgando y poniendo en su sitio las obras que, en el momento, suelen parecer urgentes e indispensables.

II. Un *compromiso* ideológico *demasiado absoluto impide el encuentro real con otros*.– En una acción ideológica y social importante *es difícil* conservar comunicaciones humanas reales.– *Degeneración* de la vida espiritual y del mensaje, que amenaza al hombre de acción.– En el campo propiamente religioso, la degeneración del hombre espiritual, cuando éste pasa a ser sólo jefe de escuela y hombre de acción, comporta consecuencias graves.– Es difícil hacer una obra espiritual que pueda seguir siendo beneficiosa a través de los siglos.

Únicamente la «distancia», la conciencia de la dificultad e incluso impotencia de comunicar con los otros en el plano profundo, fruto de la soledad esencial de cada uno, es lo que abre al plano de la «presencia», que es la única plataforma desde la que puede darse una comunicación propiamente humana que, entonces, es del orden del testimonio, y trasciende, con sus palabras y actos, el espacio y el tiempo.

III. Para seguir comunicándose de veras humanamente, el hombre entregado a la acción ha de reconocer su *impotencia radical* para hacer, sólo por ella, una obra propiamente espiritual.– *Distancia* entre lo que el hombre espiritual vive y lo que los demás pueden recibir explícitamente por lo que él les comunica sobre ello.– *La toma de conciencia de esta distancia es decisiva en la*

vida espiritual.— Normalmente *es difícil* mantener la conciencia de esta distancia.— Cuando el hombre *soporta* el peso de este desgarró, da mejor *testimonio* de su vida espiritual.

Así llegamos a la cuarta y última sección del capítulo, que es una reflexión sobre la *vejez* como última etapa del camino; etapa en la que las fuerzas y la acción decaen y el *ser* del hombre se pone a prueba. Es el tiempo de distinguir entre *dos tipos de contemplación*, tal como hiciera en el cap. XI entre dos tipos de sacrificio y de duda. Una es la contemplación que se da en el contexto de la primera opción o vía de dar sentido a la vida; y otra es la que nace de la segunda vía de buscar el sentido de la propia vida, es decir, a partir de la fe en sí mismo, en el otro y en Dios, así como de la misión y no de la función.

IV. Toda acción ideológica y social está condenada a envejecer tanto más deprisa cuanto más rápido avanza la historia.— A medida que no puede obrar útilmente, el espiritual se ve llevado, poco a poco, a ser tan sólo. Es la hora del juicio.— Diferencia entre la contemplación ideológica y la que le es dado tener a una vida fiel a su misión.

1. A la larga, la acción del hombre siempre se muestra precaria; siempre conoce el fracaso debido al *envejecimiento* ya que se apoya necesariamente en algún movimiento de cierta importancia social animado por alguna ideología. Y *nada es más efímero que una ideología*. Aunque una generación determinada mantenga la letra de la ideología que inspiró a la generación precedente, en la práctica la está cambiando mediante interpretaciones que a veces acaban por oponerse a las de antaño. La nueva generación concentra su interés en aspectos completamente distintos, plantea cuestiones absolutamente nuevas y, por lo que respecta a las antiguas cuestiones, o les da respuestas distintas —muchas veces sin decirlo abiertamente— o enmudece ante ellas y las olvida.

Respecto a la ideología de la generación ascendente, el hombre de la generación anterior no puede sentir el *fervor* que espontáneamente sentía ante la que reinaba en los tiempos de su juventud. Si ya en su tiempo tuvo que descubrir, por y para su ascensión espiritual, los *límites y errores* de la ideología de su época, con más razón ve, con

mayor facilidad y evidencia, las irremediables deficiencias de la nueva. Está demasiado desligado sentimentalmente de esta última como para entregarse, sin más, a las certezas y entusiasmos que suscita en los más jóvenes. Sólo los hombres sin interioridad, que viven a ras de lo social, (...) hasta el punto de no poder ser otra cosa que un reflejo del momento, pueden dejarse llevar por ella como corchos por las olas, aunque no sin irse quedando cada vez más rezagados.

2. En consecuencia, la acción exterior del hombre espiritual deberá *terminarse* tanto más rápidamente cuanto más deprisa pase el curso de la historia. Será superada y reducida a la esterilidad, primero por la relativa impotencia para corresponder plenamente a la mentalidad de una nueva generación, y después, sobre todo, porque su fidelidad y su irradiación personal exigen que sea *auténtico* en todo lo que hace, sin entregarse a ninguna *adaptación*, por virtuosa que sea. *Antes de desaparecer, debe retirarse deliberadamente y aceptar limitarse a existir.* Ha de decidirse a limitarse a ser fiel y a proponer silenciosamente lo que es esencial para él: fase nueva de su misión que exige más que las anteriores por la *vacuidad* que implica. El hombre debe mantenerse en ella *sin la ayuda de la acción* que facilitó su tarea hasta ese día, y que le ayudó a sostener su peso.

Es el tiempo en que el hombre descubre mejor el carácter extremo de la *soledad del ser* pues ésta se manifiesta más visiblemente. A la luz de la fe ha de entrar plenamente en la soledad, adherirse incondicionalmente a ella, asumirla e incluso amarla, estableciendo en ella su morada. Sólo así impedirá o que se corrompa esa separación definitiva por un infantilismo o una afectividad seniles, o que se endurezca en forma de un mutismo propio de quien se confina en un estoicismo altanero.

Sin estar totalmente en armonía con este mundo, esta vida recluida tiene, sin embargo, una *irradiación* que es *invisible* para ella misma sin duda, pero que es capaz, llegado el momento, de salvar las distancias humanas y alcanzar al otro a mayor profundidad que cualquier otra acción. Este hombre no puede comunicar con muchos pero es capaz, como nunca, de *ser, por su silencio y hasta por su ausencia, un signo y una llamada* que se adaptan al momento de cada cual.

Sus actos más anodinos dan un testimonio que va más allá de lo que podrían implicar si vinieran de otro que no fuera él; se revisten de una dignidad nueva: todo su pasado se concentra en ellos y globalmente, de modo infuso, se manifiesta en ellos. Carentes de toda singularidad, reducidos a no ser más que *vida en estado puro*, con la *desnudez* propia de la condición humana, por su trascendente simplicidad, lo revelan a quien tiene ojos para ver. Estos actos no fomentan la imaginación, que es siempre golosa de lo extraordinario y que no hace más que distraer de lo esencial, sino que, bajo la trivialidad de las apariencias, conducen al recogimiento y a la íntima comprensión de este hombre.

En especial, *asumir en paz la vejez y el retiro, con su monotonía y su vacío, vivir equilibradamente en el desierto que rodea a quien la sociedad margina como si ya no existiera*, aceptar *desaparecer de la mente de la mayoría* y no permanecer más que en el recuerdo de quienes saben recogerse y estar presentes a sí mismos, todo ello favorece la cabal maduración y fecundidad de este hombre. Cuando alguien lleva en sí la muerte que se acerca a través de la decrepitud progresiva e irreversible, cuando mediante un esfuerzo de creación se la apropia por extraña e inhumana que sea, cuando corona con ella su vida gracias a una renovada comprensión de su pasado, su presencia penetra en lo más íntimo de aquellos que lo aman y también de cualquiera que esté un poco abierto a lo humano. Ser testigo de tal realización, eleva por encima de uno mismo y llama a ser.

Aquél en quien no se puede pensar realmente si no es haciendo silencio en uno mismo es también quien ayuda a interiorizarse y a descubrirse. No siendo ya de este mundo –al margen de si está aún vivo o si ya ha muerto–, permanece presente –o si no es capaz de llegar a estarlo– en lo íntimo de muchos y especialmente en el tiempo en que cada uno debe encontrarse más particularmente, cara a cara consigo mismo, para alcanzarse ante Dios. Muy distinto de quienes por su actividad distraen a los demás de sí mismos, este hombre es, en verdad, fuente de humanidad y camino hacia Dios.

3. *La vejez lograda es, de esta forma, el tiempo de la plenitud y de la contemplación*. En el hombre que ha vivido, si no mucho, sí intensa-

mente y se ha mantenido fiel, la contemplación nace cuando se le impone inexorablemente la impotencia definitiva para comunicar con otro fuera de las *raras excepciones* que surgen de la filiación y de la paternidad espirituales, con tal de que acepte esa impotencia y descubra, en esa aceptación, la grandeza de Dios y la suya propia. El hombre asciende entonces a una altura de otro modo imposible, sus horizontes se ensanchan, su vista se extiende, y penetra así en la profundidad inmensa.

Totalmente distinta es la contemplación que se alimenta de la ideología. Esta última encuentra su incentivo y su facilidad en la doctrina. Con ella se dilata y de ella extrae su savia. Pero se queda en el nivel en que cualquier *oscuridad* parece un *defecto*. En el extremo contrario, la contemplación que invade una vida suficientemente fiel a la misión hasta el final, y que por ello desemboca en la plenitud, llega a *tocar globalmente*, aun *sin llegar a ver* nada nítidamente, *la trama de lo real*, de la que su existencia es su elemento personal.

Útil y fructífera en su momento, la contemplación ideológica enseguida se queda corta. Degenera en meditaciones voluntaristas y metódicas, sentimentales o intelectuales, y permanece cada vez más circunscrita en los mismos horizontes, condenada al estancamiento y a la esterilidad. En cambio, en el último estadio de su misión, el hombre se despoja de toda actividad, que ya no se le pide ni tampoco podría llevar a cabo; desocupado, sólo tiene que existir.

Siguiendo únicamente la inspiración del momento, ausente de toda preocupación, de toda decisión, por una especie de íntimo crecimiento vegetativo que se armoniza con una impotencia irremediabilmente impuesta pero íntimamente desposada, comulga de forma singular, a ciegas o de manera más explícita pero también más limitada, con lo vivido humanamente a través de toda su historia, *con lo universal que ha alcanzado o que presiente*. Desde fuera, nada lo distingue de quien sólo es un reflejo de su medio. Sin embargo, él contempla: existe en sí mismo en medio de lo que es.

En los tiempos fuertes de su contemplación, la plenitud espiritual de este hombre, inmóvil y cuán penetrante, está a la altura de la cla-

rividencia sobre su estado, de su sumisión a él, de su aceptación feliz en la paz del crepúsculo. Saborea entonces el júbilo de las profundidades, muy distinto de la exaltación que proporciona la meditación de las más nobles ideologías incluso cuando ésta desemboca en la admiración.

Estas *dos formas de alegría* no surgen igual. La primera nace en el hombre por debajo de su conciencia clara. Lo rodea, lo sorprende y sólo después se da a conocer. La segunda dice, ante todo, su nombre; invade desde fuera aun cuando después penetre profundamente. La primera se cubre de cenizas y se extingue tan pronto como se la observa y se la inquiere sobre sus causas. El más pequeño gesto destinado a aprehenderla ofende irremediablemente su extremada delicadeza. La segunda nace de la deducción, se alimenta de ella, la fomenta y la propicia. Paradójicamente, la primera puede coexistir con un sufrimiento secreto, ligado a la percepción de una sobreabundancia a la que uno aún no está adaptado, o incluso de cierta angustia, de cierto exilio; sufrimiento paciente y apacible, sin embargo. La segunda no tolera ningún enojo, lo destruye con su sola presencia, al igual que gusta de la luz y aborrece la oscuridad; vibra y se cansa mientras que la otra, toda quietud, introduce en el reposo.

De este modo, el hombre se acerca a la punta avanzada en la que el mundo se crea en la libertad y no al amplio frente en el que el mundo se expande y se desarrolla según sus leyes intrínsecas. En su paradójica alegría –estado que, en algunos momentos, llega a oprimirle– percibe *un eco de la beatitud que engendra el movimiento creador*: esa expansión feliz de Dios en la que todo es lo que debe ser. Este *promontorio* donde le ha llevado su existencia se parece a aquél al que llega todo adulto que muere de veras por su propia muerte, sin abandonarse al destino con una “resignación infinita”, sino adhiriéndose a ella –a la muerte– sin dejar de ser lúcido en la hora suprema: “Todo está consumado”.

Desde esta cima en la que lo que es y permanece para siempre se manifiesta como un presentimiento oscuro pero englobante, el creyente contempla la victoria impensable de Dios sobre las *imposibilidades* esenciales que asedian por todas partes a la acción creadora.

Las *distancias* extremas que separan a los seres de su cumplimiento espiritual, las distancias infranqueables que los separan entre sí, las distancias inimaginables que han tenido que recorrerse a lo largo de milenios para que fuera posible el advenimiento de la especie pensante y del hombre consciente de sí sobre la tierra, no son nada ante la plenitud de lo que a través de ellas deviene y que la fe capta sin poderlo decir. Esas distancias, al igual que las demoras necesarias para franquearlas, lo inmenso y el tiempo, *se vuelven nada en el momento mismo en que se comprende el lugar que ocupan en el cumplimiento del Todo.*

ESPERA Y BÚSQUEDA EN LA VIDA ESPIRITUAL

I. Las últimas etapas de la vida del hombre lo revelan en su verdad.– Es la hora en la que todo puede ser puesto en cuestión de nuevo.– La *negación* de sí mismo se enfrenta a la *afirmación* de sí mismo.– Combate íntimo y solitario.– A pesar de las apariencias, el hombre conoce la *estabilidad* fundamental a través de estas crisis íntimas.

Espera y búsqueda.– Continua degradación de la búsqueda y de la espera.– Búsqueda y espera convergen.– La perseverancia en la búsqueda y en la espera pide *más* de lo que el hombre es capaz solo.

II. La técnica, la sabiduría y el ideal *son insuficientes* para garantizar el desarrollo de la vida espiritual a partir de cierto nivel.– *Presencia* de la mujer y del hijo en el ahondamiento del hombre.– El hombre, cuanto más afronta la condición humana, tanto más necesita *un padre según el espíritu* capaz de mostrarle el camino por haberlo recorrido ya él mismo.– Este padre según el espíritu debería ser *algo más que un precursor y que un maestro*; su presencia en el hombre debería tener *algo de absoluto* y ayudarlo a ser.

III. *Jesús de Nazaret es este precursor, este maestro, este padre según el espíritu para sus discípulos.*

Del último capítulo de *El hombre en busca de su humanidad*, proponemos leer el último epígrafe. Con él, el Tomo I da paso al Tomo II, *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo*. Légaut, al final de su libro sobre el hombre, ve a Jesús de Nazaret como el «padre según el espíritu» de sus discípulos.

Desde hace veinte siglos, los *discípulos* de Jesús de Nazaret ven en él a este Maestro último. No lo aguardan ya en el tiempo pero su espera permanece sin embargo entera, e inspira su búsqueda centrada en el misterio de este hombre, grande entre los más grandes. Lo conocen lo bastante como para saber que aún lo desconocen. Les resultaría artificial e insuficiente limitarse a comprenderlo como lo hicieron sus contemporáneos, por más que lo acogiesen con la totalidad de su ser, pues éstos estaban fatalmente limitados por los horizontes intelectuales, humanos y religiosos de entonces. Aunque la piedad fuera real, los creyentes actuales, si repitieran simplemente el conocimiento antiguo, se verían constreñidos a una vida espiritual condenada a nutrirse más de fervor ideológico que de un conocimiento real de Jesús.

En verdad, Jesús de Nazaret se encuentra *delante*, en el porvenir, más que detrás, en el pasado. Por la fe, los discípulos son capaces de acercarse a su Maestro íntimamente a pesar de las considerables diferencias que su situación presenta con respecto a la suya. Por lo mismo, a causa de tales diferencias, es imposible que se contenten con parecerse a él exteriormente y que se limiten a recibir literalmente lo que él enseñó en su tiempo. Obrar así significaría ser infiel y no corresponder a su paternidad. Buscando, a través de su propia experiencia espiritual, quién es Jesús y qué es lo vivió, se descubren progresivamente y llegan a ser ellos mismos. De este modo, su misión recibe de la de su Maestro la posibilidad de realizarse con pureza y plenitud. Fiel al espíritu fundamental de Jesús, su misión prolonga la suya actualizándola y desplegándola. Tras las huellas del Maestro, estos discípulos topan con el *fracaso* cuya irreparable conclusión es la muerte y que sólo la fe sobrelleva con entereza a pesar de la esencial desesperación que les asalta. Abordan este umbral último que se abre ante ellos de forma tanto más vertiginosa cuanto mejor han seguido a Jesús y más lejos han llegado en su seguimiento. *Desde más allá de este umbral, él los llama, puesto que lo franqueó antes para estar presente a ellos, en lo más íntimo, cuando tuviesen, a su vez, que atravesarlo.*

A decir verdad, desde hace veinte siglos, Jesús ha tenido una *influencia* tan grande que es difícil afirmar que sin ella se hubieran podido

concebir los caminos de lo humano hasta un resultado así, a pesar incluso de las cumbres espirituales que algunos entre los más grandes alcanzaron y describieron al margen de la tradición cristiana. A cambio, gracias a esta influencia, se debe afirmar que, incluso quienes nunca han oído hablar de Jesús, o quienes sólo lo conocen a través de una doctrina religiosa únicamente abstracta o afectiva, son más capaces que antaño de penetrar por esos caminos: colectiva aunque oscuramente, están mejor dispuestos. Desde hace veinte siglos, esta influencia se ha recibido y reconocido explícitamente o se ha insinuado secretamente a través de diversas mentalidades sociológicas. Todas las religiones, en la medida en que se han vivido y pensado no de forma cerrada sino con una cierta apertura, así como todas las ideologías, incluidas las más arreligiosas o antirreligiosas, han heredado, por asentimiento o por rechazo, algo de lo que el Maestro fue a los ojos de los discípulos, de lo que de él contaron y de lo que sobre él edificaron.

Ciertamente, el ingrediente de lo prodigioso tuvo, en la vida de este hombre, una importancia menor que la que los cristianos imaginaron a fin de apuntalar su doctrina, satisfacer su fantasía y nutrir su piedad. En realidad, esta vida, precisamente en el nivel de lo propiamente humano, es mucho más extraordinaria de lo que se atrevió a afirmar el cristianismo, incapaz como era, en sus orígenes, de concebir al Maestro al margen de las dimensiones que atribuía a los hombres y a Dios. *Cuanto más descubre uno a Jesús descubriéndose a sí mismo y entregándose a su propia misión, tanto más comprende la necesidad de su advenimiento y mejor vislumbra la profundidad del misterio que une al hombre y a Dios.*

NOTA FINAL DE LLEGAR A SER UNO MISMO

Diez años después de publicar *El hombre en busca de su humanidad*, Légaut volvió a escribir un librito sobre la condición del hombre y la cuestión del sentido, sobre la actividad de la apropiación y la aproximación al misterio del hombre y de Dios. Al final de este librito, insertó Légaut una nota aclaratoria

Lo más notable de estos párrafos es que, en el primero de ellos, Légaut afirma que, si ha podido vivir y luego escribir lo que acaba de terminar, es porque él, de hecho, ha sido cristiano y, además, es porque ha encontrado la forma idónea de serlo, que no es la convencional. En esta Nota no sólo dice, como en la Introducción de HBH, que él es *de hecho* cristiano, sino que *añade* que su forma de «ser cristiano» ha ido variando y enriqueciéndose, y que justo es ese proceso lo que le ha permitido vivir y exponer la experiencia humana que ha expuesto y que considera útil para cualquier hombre.

Si yo, occidental del siglo XX, puedo vivir de esta forma y decirlo *es porque*, desde mi juventud, he sido cristiano gracias a la *formación* que me dieron los míos, en el catecismo, y también gracias a la *práctica* religiosa que aún era general en el medio católico de mi infancia. Pero también *es porque*, a lo largo de la vida, bajo el influjo de acontecimientos y situaciones, gracias además a *encuentros* que fueron capitales para mí, he descubierto, a través de mis insuficiencias personales y de las graves carencias de la formación moral y religiosa recibida, *qué necesario es profundizar en la propia humanidad para seguir siéndolo*. Y también *es porque* he descubierto que, para llegar a ser más totalmente cristiano —lo cual es necesario si se quiere seguir siendo realmente tal incluso en las condiciones exteriores más favorables—, *era preciso, sin renegar* de la piedad que había conocido al principio de este siglo, todavía de cristiandad, *purificarla* de todo lo que dicha piedad, vivida desde el comienzo de la era cristiana, presenta de pueril, por más que se practique de forma ferviente, aunque también demasiado a menudo de forma esclerotizada, durante siglos. *Era preciso* que yo tuviera la lucidez y valentía de reconocer aquello en que semejante manera de vivir y de ser se oponía tanto a los *conocimientos* adquiridos irreversiblemente en todos los órdenes, como a las *exigencias* modernas y en cierto sentido nuevas de la autenticidad humana.

¿No es todo esto necesario para que, siendo adultos en la fe cristiana tanto como nos es posible hoy, sepamos *acoger* de esta Tradición lo original y único que puede aportarnos en el orden espiritual, y también para saber, en sentido inverso, *hacernos cargo* de ella en la medida de nuestras fuerzas, a fin de poder, desde

nuestro lugar, transmitirla de forma fecunda a las generaciones que nos sucedan?

Este camino hacia la propia humanidad permitirá a cada uno, siguiendo lo que hay en él, la única *aproximación* verdadera a Dios que en adelante será accesible para él. No le llevará a la posesión de certezas sobre Él, que dependen de la credulidad y de la religiosidad colectiva, y que promueven todas las religiones, cada una a su manera, incluidas las que se vinculan a la tradición judeocristiana, cuando éstas se engañan y apuntan sobre todo a ejercer su acción sobre las masas y a ser populares sin buscar ser, principal y previamente, educadoras del hombre a partir de su singularidad personal.

Este camino hacia la propia humanidad y esta aproximación a Dios, en estrecha relación entre sí, son fundamentalmente *evangélicos*. Están en la línea de lo que, en reacción contra las costumbres religiosas de su pueblo, Jesús vivió en su tiempo por fidelidad profunda a aquello a lo que se debía y sobre lo que dio testimonio durante algunos meses, en un pequeño país de Oriente, hace veinte siglos. Cada uno, gracias a su vida espiritual, tiene que abrirse a esta vida y a este testimonio; tiene que acogerlos para tender hacia una humanidad más adulta; o al menos, si no ha tenido oportunidad de llegar a una comprensión de ellos a partir de la forma en que los han sabido vivir las Iglesias, ellos tienen que inspirarlo implícitamente, bajo el influjo de los efectos indirectos de la existencia, más o menos infiel y ambigua, de las Iglesias en su época.

Tres párrafos de *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo* recogen las mismas ideas de esta «Nota final», expresadas de otra forma. Los citamos para recalcar la importancia de esta «Nota». En primer lugar, recogemos una formulación de la tarea del cristiano en nuestro tiempo y en nuestro mundo: trabajar a favor de una «espiritualidad» independiente de adscripciones a doctrinas o religiones determinadas, y que comienza por una profundización en lo propiamente humano.

La *búsqueda de esta espiritualidad*, aún desconocida, sólo presentida en parte y a veces sólo en sus grandes líneas, pero siempre de un

modo parcial y ambiguo, tiene que ser necesariamente *preparada y ayudada*, para que sea verdaderamente humana, *por una profundización humana en todo lo que comporta la condición del hombre*. Por otra parte, y sin duda durante largo tiempo, *ayudar a que se vayan entre- viendo todas las exigencias de lo humano será, de ordinario, salvo excepción, la única obra espiritual* que los creyentes podrán realizar no sólo en los países en vías de descristianización sino también en aquellos que todavía no han sido evangelizados. (1)

Se trata de una «espiritualidad», por tanto, que sabe detectar el *límite* que supone, para el joven, la religión que reclama únicamente una adhesión ideológica.

La religión, tal como un joven cristiano la recibe, *por más personal que sea, no le ayuda a desarrollar vigorosamente toda su humanidad*. (...) Está más atenta a las ambigüedades presentes en sus profundidades que a la riqueza potencial de las mismas (...). Sin duda lo lleva, de forma útil, hacia su propio conocimiento (...) pero no lo hace sin, a la vez, hacerlo propenso a una especie de timidez y a cultivar en él, pusilánimemente, una cierta *debilidad y falta de carácter*. Todo esto hace que el cristiano (...) *no se alcance a sí mismo* (...) como para tener (...) *algo de autoridad personal* en sus relaciones. (...) Es *un convencido más que un creyente* y, por esta razón, es tanto menos convincente cuanto más afirmativo. (2)

Sin embargo, esta espiritualidad desemboca en una comprensión especial de lo que Jesús vivió en su tiempo respecto de su pueblo y su religión. La fidelidad de Jesús a tradición, que incluye su trágico final, es extensible a la *fidelidad* de fondo que cualquier hombre adulto puede descubrir hacia su propia tradición.

(...) así como los hombres han de aprender a vivir en buenas relaciones con su *cuervo*, y no deben detestarlo y, ni mucho menos, mutilarlo cuando sus exigencias se vuelven devoradoras hasta ame-

(1) Ver *Creer en la iglesia del futuro*, pág. 181-2 (IIPAC, p. 383).

(2) Ver *Creer en la iglesia del futuro*, pág. 183 (IIPAC, p. 384-5).

nazar su integridad humana, así también han de comprender que su *sociedad religiosa* requiere la misma *paciencia*, y que es normal que les imponga idéntica *pasión*.

(...) *No hay sabiduría más potente que la del creyente que sostiene a su Iglesia sin ser aplastado ni lastrado por ella, que la sirve sin servidumbre, que cree y espera en ella sin ilusiones, y que la ama sin espejismos. Así es como se mantiene el hilo conductor que permite penetrar en la comprensión de lo que Jesús fue para Israel hace veinte siglos (...), sabiduría necesaria para no juzgar erróneamente al cristianismo y, en consecuencia, terminar separándose de él... (²)*

(²) *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, p. 113 (IIPAC, p. 89-90).